

le enseñasen el camino, hácia el lugar ocupado por el terrífico volcan.

El principio de la montaña presentaba abundantes arboledas que hacian deliciosa la subida y agradable el ambiente. El aspecto de aquella parte del gigantesco monte era risueño y encantador; pero los árboles iban desapareciendo á medida que subian, y la vegetacion fué degenerando gradualmente, presentando, á la altura de catorce mil piés, una absoluta esterilidad.

Los indios, estimulados y alentados por los españoles, subieron un poco mas del sitio de costumbre; pero dominados por el terror que en su preocupada imaginacion producian los continuos ruidos subterráneos, volvieron á bajar á donde tenian sus templos, sin atreverse á continuar la subida.

El paso se hacia á cada instante mas difícil y fatigoso. El terreno se presentaba cubierto de materias volcánicas y de enormes piedras de lava endurecida, que parecian empeñadas en oponerse á la marcha de los atrevidos extranjeros.

El intrépido Diego de Ordaz y sus compañeros, despreciando las dificultades que se oponian á su penosa ascension, avanzaban hácia la cumbre, que continuaba arrojando inmensas nubes de humo, envolviendo en sus anchos pliegues las gigantescas pirámides de fuego, cuya brillante luz se abria paso á través de aquéllas.

Era la vez primera que la huella humana se imprimia en aquella superficie de escorias y piedras volcánicas, que se estremecia con los sacudimientos subterráneos, y que con espantoso estrépito se sucedian unos á otros en lo profundo de la montaña.

Un nuevo obstáculo se presentó en el sendero que llevaban. El llamado hoy *Pico del fraile*, enorme roca que se descubre desde la base de la montaña, les cortó el paso obligándoles á dar un rodeo considerable sobre un terreno cubierto de agudas piedras que destrozaban los piés. Así llegaron hasta la region de las constantes nieves, donde se hizo aun mas difícil el acceso. Los piés resbalaban en la nieve endurecida, bajo la cual se descubrian inmensos precipicios, y el pecho se oprimía impidiendo la respiracion y produciendo agudos dolores en las sienas. Pero nada era capaz de detenerles en su marcha. La excursion continuó con el afán de dar feliz cima á la empresa, y al fin se vieron á muy corta distancia del cráter. Ordaz y sus compañeros iban á dar los últimos pasos para llegar á la cumbre, cuando nuevas columnas de fuego y de humo salieron por la inmensa boca de la montaña, extendiéndose á uno y otro lado de la cima, amenazando ahogar á los que habian osado estampar allí su planta. La columna de llamas, aumentando por instantes su fuerza y asociándose á las inmensas capas de humo que enlutaban el cielo formando una bóveda asfixiante, envolvía á los viajeros, que se vieron precisados á renunciar de su empeño cuando se hallaban próximos á realizarlo.

Pero habian hecho todo lo que era posible hacer. Si el fuego y el humo, invadiendo la cima, les obligó á no dar fin á la empresa, no por eso dejó de causar indescriptible asombro en los choluleses y tlaxcaltecas el arrojamiento de los osados extranjeros.

La atrevida ascension de Ordaz en los momentos mas fuertes de la erupcion del volcan, cuando la montaña

dejaba escuchar en su centro los mas espantosos rugidos, y la tierra amenazaba abrirse en multiplicadas grietas, caracteriza al intrépido caballero español de aquellos tiempos, ansioso siempre de aventuras, y añadiendo á los peligros de maravillosos descubrimientos y de difíciles combates otros ajenos á su profesion, pero en armonía con su espíritu de empresa.

La atrevida accion de Diego de Ordaz fué premiada por el emperador Carlos V. El poderoso monarca le concedió, por armas; una montaña lanzando llamas, que ha sido el blason de su familia, establecida en Puebla, donde existen aun algunos de sus descendientes (1).

Ordaz se quedó contemplando desde la inmensa altura á donde habia llegado el hermoso paisaje que le rodeaba. Desde allí contempló admirado el grandioso valle de Méjico, cubierto de magníficas ciudades, pintorescas aldeas y extensas lagunas.

Asombrado de la magnificencia del cuadro que se describía á su vista, examinó desde lo alto los puntos mas favorables que conducian al delicioso vergel en que des-

(1) Bernal Diaz pone el suceso estando el ejército en Tlaxcala, y dice que Ordaz y sus compañeros llegaron á subir hasta el cráter. El historiador Solís, siguiendo al expresado Bernal Diaz, lo coloca en la misma época y con resultado idéntico. Pero Hernan Cortés, que escribió á Carlos V poco despues de los sucesos, refiere que envió de Cholula á reconocer el volcan, «diez de sus compañeros, los cuales fueron y trabajaron lo que fué posible por subir, y jamás pudieron, aunque llegaron muy cerca de lo alto».

No es de extrañar que Bernal Diaz no recordase algunos pormenores, por haber escrito mas de cuarenta años despues, valiéndose de su prodigiosa memoria.

cansaba la bella sultana del Anáhuac, la famosa capital del imperio azteca, y reconoció un camino que le pareció el mas recto y conveniente para el momento en que se emprendiese la marcha. Contento de su descubrimiento, cogió, lo mismo que sus compañeros, algunos carámbanos notables que indicasen que habia subido hasta lo mas alto de la region de las nieves, y se presentó á Cortés dándole razon de la magnificencia del valle y del camino que habia descubierto.

Aunque la ascension de Ordaz al volcan no se emprendió con objeto ninguno científico, sino por el placer que encuentran los espíritus atrevidos en desafiar los peligros y tenerlos frente á frente, no por esto dejó de ser de notable utilidad su ejemplo. Algun tiempo mas tarde, hallándose Hernan Cortés escaso de pólvora, se acordó de los arroyos de lava arrojados por el volcan y trató de utilizar el azufre, que sin duda debia encontrarse en el cráter. Envió á Francisco de Montaña, hombre de pensamientos levantados y uno de los capitanes mas resueltos, con el objeto de que recogiese la mayor cantidad de azufre que le fuera posible para elaborar pólvora. Montaña, acompañado de cinco compañeros, emprendió la subida. El Popocatepetl se hallaba entonces tranquilo. Los atrevidos caballeros llegaron al ancho cráter, que contaba una legua de circunferencia, y se asomaron á su boca, dirigiendo la vista á la inmensa y espantosa profundidad, de donde subia un constante vapor que, enfriándose al acercarse al cráter, dejaba una materia azufrada á los lados de la cavidad. La vista de aquel antro volcánico, capaz de imponer pavor al corazon mas

resuelto, lejos de infundir terror á los valientes capitanes de Cortés, excitó su espíritu caballeresco. Parecía que para aquellos hombres nada habia imposible, y que el placer de sus almas se cifraba en desafiar los peligros. Cada uno de ellos pretendia ser el que bajase á la profundidad, atado á una cuerda y sostenido por los otros, á coger el azufre. Montaña y Mesa disputaron junto á la orilla del cráter sobre á quién le pertenecia ser el primero en bajar al oscuro abismo que de un momento á otro podía arrojar una columna de fuego que le abrasase instantáneamente. Ambos pretendian tener el derecho para hacerlo; y para cortar la cuestion, resolvieron echar en suerte para que ella decidiese. Tocó á Francisco de Montaña la que ellos juzgaban fortuna de encontrarse en los peligros. La empresa era imponente y arriesgada. Montaña se colocó en una cesta, y bajó, sostenido desde arriba por sus compañeros, á una profundidad de cuatrocientos ochenta pies de aquel abismo, en cuyo fondo brillaba una lánguida flama amarillenta que exhalaba un olor azufroso. Varias veces se repitió la peligrosa escena de descender y subir, hasta que, tomada la suficiente cantidad de azufre, regresaron al campo español.

El hecho de Montaña es uno de los muchos notables que se efectuaron durante la época de la conquista de Méjico y algunos años despues; hechos que parecen fabulosos, y que no han vuelto á repetirse durante los siglos que han transcurrido desde entonces. No parece sino que los hombres que pasaron á la bella region de Anáhuac fueron elegidos exprefeso para que su valor y su grandeza armonizasen con la grandeza del país, con

sus elevadas cumbres, con sus gigantescos volcanes, con la intrepidez de sus guerreros, sus monumentales pirámides, sus anchos lagos y la magnificencia de su exuberante suelo. Su valor y su intrepidez despertaron las simpatías y el aprecio de sus contrarios, tambien valientes. Si hubieran carecido del espíritu caballeresco que les hacia aparecer como á otros tantos héroes mitológicos, en vez del cariño y del aprecio hubieran alcanzado la indiferencia y el menosprecio.

El baron de Humboldt, teniendo por altamente atrevido el acto de Montaña, no cree que hubiese descendido al cráter. Pero el hecho, por mas extraordinario que parezca, es positivo. No puede ponerse en duda lo afirmado por Cortés á Cárlos V en su relacion tercera y cuarta, ni lo afirmado por los escritores coetáneos (1).

El primero que, despues de tres siglos de no haberse hecho nuevas excursiones al volcan, llegó á subir al Popocatepetl, fué un oficial de la marina inglesa llamado Guillermo Glennie, en 1827. Despues de él se han verificado otras expediciones al volcan; pero nadie ha llegado á intentar la hazaña de Montaña, quedando como único ejemplo en la historia de Méjico.

Terminada la excursion de Diego de Ordaz, el caudillo

(1) «Y para el azufre, ya á Vuestra Majestad he hecho mencion de una Sierra (el volcan de Popocatepetl) que está en esta provincia, que sale mucho humo; y de allí, entrando un español (Francisco de Montaña) setenta ó ochenta brazas, atado, á la boca abajo, se ha sacado, con que hasta ahora nos hemos sostenido.» Carta cuarta de Cortés á Cárlos V, escrita en Méjico el 15 de Octubre de 1524.

El Sr. Lorenzana dice que vió un privilegio del emperador Cárlos V, expresando el mismo hecho.

español dispuso continuar al siguiente día su marcha hácia Méjico. Viendo la buena disposición de los choluleses hácia los españoles y la completa armonía establecida entre ellos y los tlaxcaltecas, creyó que no debía temer nuevas asechanzas y que dejaba asegurada la paz.

Dadas las órdenes para la partida, los jefes cempoaltecas manifestaron á Cortés vivos deseos de volver á Cempoala con su gente, pues anhelaban ver á sus familias y no separarse mucho de su patria. El deseo era justo, y el jefe castellano les concedió lo que pedían. Satisfecho de los importantes servicios que le habían prestado desde su salida, les manifestó su profundo agradecimiento; les hizo muchos regalos; les entregó varias alhajas para el cacique, como memoria de su aprecio, y les encargó que facilitasen las cosas necesarias á la guarnición española que había dejado en la Villa Rica para defensa de la provincia.

Los jefes cempoaltecas ofrecieron obsequiar lealmente los deseos de Hernan Cortés, y se despidieron de él afectuosamente, jurándole inquebrantable amistad.

Al día siguiente, mientras la fuerza cempoalteca debía volver cargada de ricos despojos á su pintoresca provincia, los españoles marcharian hácia la corte de Moctezuma.

La noche llegó, y los ejércitos se entregaron al descanso para emprender, dentro de breves horas, su marcha por rumbos opuestos.

CAPÍTULO XXXVI

Sale Hernan Cortés de Cholula para Méjico.—Adhesion de los pueblos á Cortés.—El ejército encuentra dos caminos, uno mandado obstruir por Moctezuma.—Cortés toma el obstruido.—Algunas reflexiones respecto al fin que llevó Moctezuma al mandarlo cerrar.—Descripcion del valle de Méjico.—El ejército español pasa por Amaquemecan, Tlalmanalco y otros pueblos.—Quejas de los habitantes contra Moctezuma.—Moctezuma consulta con el rey de Texcoco y el señor de Iztapalapan si se deberá recibir á Cortés.—Opiniones encontradas.—Moctezuma abraza la de recibirle, y envia de embajador al rey de Texcoco.—Pintorescos pueblos fundados á la orilla de los lagos.—Iztapalapan: su importancia y su belleza.

Al brillar la luz del nuevo día, el ejército español salía de sus cuarteles, tomando el camino que conducía á la famosa capital del imperio azteca. Seis mil tlaxcaltecas y algunas fuerzas de Huexotzinco y de Cholula marchaban de auxiliares.

Hernan Cortés emprendió la marcha con las mismas